

27: Fragmento del Pasado: Los Crímenes de Augusto - La Carrera Perfecta

Julie Costa cuidaba de su jardín, acelerando el crecimiento de su trigo.

Mientras una aura verde atravesaba las plantas, estas producían cosechas color púrpura llenas de nutrientes. Había pasado semanas ajustando la proporción exacta de proteínas, mejorando su resistencia al frío y aumentando su capacidad para eliminar contaminantes del suelo.

El poder verde de Julie se activaba cada vez que tocaba a un ser vivo, permitiéndole entender intuitivamente cómo funcionaba su cuerpo, incluso a nivel genético. Podía hacer pequeñas ediciones en el ADN, criar nuevas especies partiendo de un solo progenitor.

Esta planta especial era solo una de muchas cosechas experimentales que crecían dentro de la granja. Trigo capaz de prosperar en zonas contaminadas, maíz que absorbía la radiactividad ambiental... Su parcela personal era un ensamblaje extraño y colorido de construcciones florales únicas.

Aunque el sol ya se había ocultado, una luz resplandecía sobre ella, haciendo que la bióloga de treinta años detuviera sus pasos.

“Julie,” resonó la voz de un hombre por encima de ella, semejante a las brasas consumiendo madera. “¿Sigues trabajando a esta hora?”

“Hola, Leonard,” levantó la cabeza al ver al hombre que volaba cuatro metros sobre su nivel, una figura humana de llamas y luz cegadora. “Podría decirse lo mismo de ti.”

Incluso cuando atenuaba la luminosidad de su cuerpo, era difícil mirar a Leo Hargraves. Su Elixir Rojo le otorgaba la habilidad de convertirse en un sol vivo, transformando su carne humana en llamas solares y controlando su propia gravedad. Leonard le había contado que siempre reprimía la mayor parte de su poder, para no incinerar ciudades enteras con su mera presencia.

A diferencia de muchos Otros Genomas, el líder del Carnaval siempre usaba su nombre real, creyendo que eso le hacía responsable y más confiable. Sin embargo, eso no había impedido que la gente le pusiera un apodo digno de su abrumador poder.

Leo, el Sol Viviente.

Lamentablemente, el pobre hombre quemaba su ropa cada vez que se transformaba. Poder ilimitado traía desventajas.

“¿Está tu esposo aquí?” preguntó Leonard. “Tengo noticias.”

“Él está acostando a Giulia,” respondió ella. “¿Finalmente sigues adelante?”

El hombre de fuego asintió con cierto pesar, atrayendo algunas miradas. A esa hora, la mayoría de la comunidad aún estaba despierta; los agricultores patrullaban las paredes, atendían los cultivos o jugaban a los dados afuera.

La granja de la familia Costa incluía una casa grande, chozas, un granero, tierras de cultivo y varios corrales para animales. En el terreno vivían unas dos docenas de personas, en su mayoría refugiados que Julie y su esposo habían acogido tras el inicio de las Guerras de los Genomas. Con el tiempo, la comunidad construyó muros de madera y fortificaciones alrededor de la propiedad para evitar ataques de bandoleros y saqueadores.

De hecho, fue en uno de esos ataques donde Julie conoció a Leonard inicialmente. Su Carnaval había eliminado a un líder banda de genomas que aterrorizaba la región, y luego se quedó para asegurarse de que las comunidades locales pudieran sostenerse.

Su esposo Bruno, un hombre musculoso, apuesto, con cabello negro y ojos azules, salió del granero, sonriendo al ver a Leonard. Llevaba muchas cuchillas en su cinturón, porque su poder le permitía convertir cualquier filo en un arma tan afilada que podía atravesar cualquier material. Madera, acero, diamante... nada podía resistirse a él.

Cuando la gente escuchaba acerca de su poder, solía pensar que Bruno era alguna especie de matón mortal, pero estaban muy lejos de la verdad. El esposo de Julie era la persona más dulce y sincera del mundo, y los únicos seres vivos con los que había usado su don eran los animales de granja.

Esa bondad fue lo que la hizo enamorarse de él desde un principio. Julie se había mudado a Campania en 2002 para investigar la alta incidencia de cáncer en la región para su tesis doctoral. Había entrevistado a Bruno como parte de su investigación, y lo que había comenzado como un proyecto académico se convirtió en un matrimonio feliz.

Y luego ocurrió la Última Pascua.

Esa Wonderbox... Julie todavía no entendía por qué su familia había sido seleccionada para recibirla. ¿Por qué una pareja en medio de la nada recibía los Elixires? ¿Por qué ese loco alquimista distribuía algo tan peligroso?

Antes de que se diera cuenta, el mundo de Julie se había puesto patas arriba. Un lunático había devastado Salerno en una ola de destrucción impulsada por el poder, un dictador totalitario llamado Mechron había tomado el control de Europa Central, y toda Italia había sido bombardeada hasta la Edad de Piedra.

Como la granja familiar estaba ubicada lejos de los centros de población, se salvó de la destrucción. Bruno había decidido refugiarse allí, esperando que el polvo se asentara.

Pero eso nunca sucedió.

—Bruno, Julie, ha sido un placer— dijo Leonard—, pero lamentablemente, ha llegado el momento de que el Carnaval se traslade.

—¿Así que por fin llega el momento, eh?— dijo Bruno, claramente apenado. —Ha sido solo dos meses, pero para mí, ahora son parte del paisaje.

—¡Ah! Quizá algún día, cuando la paz vuelva, me construiré una casa cerca de aquí—. Aunque no podía ver su rostro a través de las llamas, Julie estaba convencida de que Leonard sonreaba de oreja a oreja. —Campania es una región tan hermosa.

Era cierto. Ni siquiera el caos desenfrenado podía cambiar eso. —Así que esto es un adiós, no un despedida—, dijo Julie con optimismo.

—Siempre serás bienvenida entre nosotros—, añadió Bruno—. Giulia será la más triste. Ahora te llama Tío Leo, ¿sabes?

—‘¿Cuándo vendrá el Tío Leo?’— imitó Julie a su hija con una risita. —‘¡El Tío Leo es el mejor Tío!’

Leonard rió en respuesta. —¡Ay, basta! Me estás haciendo querer quedarme tanto—, dijo, antes de suspirar. —Prometo que volveré por su cumpleaños.

—Eso te lo apunto—, replicó Julie.

—Tu hija... tu hija es el futuro, en más de un sentido—, expresó Leo—. Debemos luchar para que nuestros hijos crezcan felices, sin importar los pesos que tengan que soportar.

Sí. La carga de los poderes.

Bruno y Julie habían concebido a su hija poco después de tomar cada uno su Elixir. La pequeña aún no manifestaba poderes, pero ya mostraba signos de mutaciones secundarias en el Genoma. Resistencia a enfermedades y toxinas, órganos endurecidos, curación acelerada...

Un genoma de segunda generación.

Julie sospechaba que ese había sido siempre el propósito del alquimista. Fomentar una nueva raza de superhumanos capaces de criar, una especie que pronto reemplazaría a los humanos sapiens, hasta que la vieja humanidad desapareciera como los neandertales.

—Hay una nueva organización causando revuelo en Calabria—, dijo Leo—. Pensé que debías saberlo.

—¿No controla la zona la 'Ndrangheta?— preguntó Bruno. La mafia calabresa había tomado control de la región tras que algunos de sus miembros recibieron Elixires, dominando a las autoridades locales.

—Lo hicieron—, respondió Leo—. Han sido eliminados.

—¿Eliminados?— frunció el ceño Bruno—. Como en...

—Eliminados. Hombres, mujeres, y niños—. Leo cruzó sus brazos ardientes—. La parte responsable parece ser una ramificación de la Camorra, pero diez veces más mortífera. Quiere unificar las familias mafiosas bajo una sola bandera, y si encuentran resistencia, sus Genomas no dejan supervivientes. Ha sido muy difícil rastrear a sus miembros, y las comunidades que controlan ni siquiera hablan con los foráneos.

—¿Lucharás contra estas personas? —preguntó Julie, preocupada. Calabria no estaba muy lejos de Campania.

El poderoso Genoma Rojo negó con la cabeza. —Pythia quiere que avancemos hacia el norte y luchemos contra Mechron. Ha visto cómo desarrolla armas orbitales en pocos años, con consecuencias catastróficas a largo plazo. Y una nueva Psiquiatra en Francia, Manic Plague, es una pandemia viviente cuyo peligro crece exponencialmente cuanto más tiempo permanece activa.

Como Julie temía, había tantos Genomas peligrosos rondando. Algunos representaban amenazas existenciales para toda la humanidad, y el Carnaval de Leo no podía estar en todas partes.

Incluso ahora, Mechron, señores de la guerra Genoma y los restos del ejército prebombardeo luchaban por controlar el desierto que habían creado. La llamada Guerra de los Genomas. La pelea era mucho más violenta al norte de Italia, pero eso no significaba que el sur estuviera a salvo.

Con el colapso de la civilización, la humanidad había abrazado tanto sus peores como sus mejores instintos. Ladrones, Psiquiatras y bandidos deambulaban por el campo; pero Bruno había acogido a muchos refugiados en su granja, y habían formado una comunidad estable.

Una comunidad que, con suerte, ayudaría a sanar el mundo.

—Tendremos cuidado —prometió Bruno, poniendo una mano en la cintura de Julie.

—Por favor, hazlo —le dijo Leo, asintiendo por última vez. —Mándale un beso a Giulia de mi parte.

Así, Leonard Hargraves se levantó, atravesando el cielo nocturno a la velocidad de un avión de combate.

—Nunca fue de discursos largos —sostenía su esposa en sus brazos—. Lo extrañaré.

—Yo también —dijo Julie. La región parecía segura con el Carnaval cerca. Aunque su comunidad y barrios podían defenderse, nadie se atrevería a enfrentarse a un sol enojado. —Pero hay tantas personas que necesitan su ayuda, mucho más que nosotros.

Su esposo asintió, mirando las cosechas. —¿Están listas?

—Sí —respondió ella—. Antes solía pensar que introducir nuevas especies en el ecosistema era una mala idea, pero...

—Prefiero el maíz morado a los granos que brillan —se rió Bruno, mientras Julie agitaba la cabeza ante su chiste malo. Él la besó en los labios. —Te amo.

—Yo también te amo.

Los tiempos son difíciles... pero los superaríamos.

Pasaron unos minutos entregados en un tierno beso hasta que alguien osó interrumpirlos. Era Benny, uno de los guardianes. El único agricultor más alto que Bruno, que nunca salía sin su confiable escopeta. —Perdón, jefe —se disculpó—, pero tengo que detenerte antes de que pases la segunda base.

Bruno rió, rompiendo el abrazo con su esposa. —¿Qué pasa?

—Tenemos un visitante. Un viajero solitario que pide hospitalidad.

—¿A esta hora? —frunció el ceño Julie—. A menudo sucede, pero pocos se atreven a viajar de noche en estos tiempos.

—¿Qué tipo de viajero? —preguntó Bruno.

—Claramente un Genoma, todo brillante y cromado —respondió Benny—. Tiene que serlo, para viajar solo por caminos peligrosos de noche. Él dice que trae regalos y un caballo lleno de provisiones. Combustible, armas, comida.

No era la primera vez que otra comunidad enviaba un comerciante a la granja Costa. En la mayoría de los intercambios, intercambiaban comida por herramientas recolectadas.

Desafortunadamente, algunos comerciantes eran meros ladrones disfrazados, explorando la comunidad para un ataque futuro. Una vez, la granja dejó entrar a todos, pero tras un incidente que costó la vida a tres personas, se volvieron mucho más cautelosos.

—No podemos dejar que entre —le dijo Julie a Bruno—. Lo siento, pero...

—Podemos ofrecerle comida y agua, pero nada de techo —le indicó Bruno a Benny—.

—Eso es lo que dice —respondió Benny—. Pero quiere hablar contigo en persona, Bruno.

—¿Yo?

—Sí, ha oído hablar de tu poder y tiene curiosidad por verlo en acción. Aparentemente, investiga los superpoderes, y desea saber si realmente puedes cortar cualquier cosa.

Eso era extraño. Julie intercambió una mirada preocupada con su esposo, quien claramente desconfió. —¿Cuántas personas están despiertas? —preguntó Bruno a Benny.

—Piero, Donna, Alice y Luca mantienen sus armas apuntando a su bonita cabeza —respondió el hombre, colocando el cañón de su escopeta sobre su hombro—. Les dije a los otros que se prepararan por si acaso.

—De acuerdo, lo voy a conocer. Con suerte, solo es paranoia —Bruno puso una mano en el hombro de Benny—. Confío a mi esposa a ti, amigo mío.

—S-sí, claro —Benny se tensó de inmediato, tomando esto muy en serio.

—No juegues con esto —reprendió Julie suavemente a su esposo, pero él agitó su mano y se dirigió hacia las puertas principales del campamento.

Ella lo miró a Benny, quien se retorció incómodo. —Lo siento, señora. No soy bueno en conversaciones casuales.

—Benny, deja de llamarme así —dijo Julie, exasperada—. Estuviste allí durante tres años. Creo que podemos hablar con el primer nombre.

—Y seguiré llamándote “señora” hasta que Giulia sea lo suficientemente adulta para tomar el relevo.

La bioquímica negó con la cabeza, antes de volver a su jardín.

Con armas nucleares y plagas que devastaron la costa occidental, Julie esperaba poder introducir estas nuevas especies para combatir la contaminación ambiental. Según sus proyecciones, bastarían solo cinco años para purificar el aire y el suelo de Italia a niveles previos al apocalipsis... y diez para revertir los daños causados por las actividades industriales humanas.

Con el tiempo, toda la Tierra se convertiría en un jardín.

—Nunca me acostumbraré —dijo Benny, observando cómo ella usaba su poder en el trigo—. No soy religioso, pero... me hace preguntarme si realmente existe un Dios.

—Eso no fue un acto divino —respondió Julie. Escuchó un estruendoso trueno, por un momento preguntándose si se acercaba una tormenta. Pero el cielo estaba despejado, sin nubes. Extraño. —Solo un experimento de una mente brillante pero retorcida.

No podía explicarlo de otra forma. Dios no sería tan cruel como para crear monstruos como Mechron y lanzarlos al mundo.

Y de repente, un relámpago impactó en la granja.

Un relámpago carmesí iluminó la visión de Julie, como si un trueno hubiera golpeado la tierra justo enfrente de ella. Escuchó un fuerte estruendo, proveniente directamente de la entrada, mientras la

granja temblaba.

Se dio vuelta, y cuando su visión volvió a la normalidad, había un agujero ardiente donde antes estaban las puertas principales de la granja.

—¡Bruno! —exclamó Julie de inmediato, entrando en pánico y corriendo hacia la entrada antes de que Benny pudiera detenerla. El sistema de alarma de la granja se activó, señalando un ataque mientras el humo se expandía en todas direcciones.

Cuando Julie se acercó lo suficiente, se encontró con una escena de horror.

Una fuerza poderosa había lanzado a las personas a través de las fortificaciones de la granja, con tanta fuerza que las destrozó. Los cuerpos yacían dispersos por el suelo, completamente destrozados. Julie apenas pudo reconocer a Donna entre ellos, la mayor parte de su cuerpo había sido incinerada. Piero había perdido la cabeza, y Julie solo pudo identificarlo por su característica camiseta azul, ahora ensangrentada.

Y Bruno... Bruno estaba en medio de ellos.

Ambas partes de él.

Un relámpago la había lanzado a su esposo a través de las puertas, partirlo en dos por la cintura.

Julie soltó un grito de horror, mientras la granja se sumía en un caos total. Los guardias corrían hacia la brecha con armas en mano, mientras los civiles huían hacia la casa. Rayos carmesí ardían desde el humo, dividiéndose y doblándose en las esquinas. Los relámpagos aniquilaban a todos en su camino, incendiando corazones o detonando cráneos, propagándose de una persona a otra.

Julie observó cómo ocho personas que conocía desde hacía años morían en un instante.

Un rayo aún más poderoso impactó en la casa principal de la finca, destrozando muros y encendiendo todo el lugar en llamas. “¡Tenemos que evacuar, ‘mam!” gritó Benny, agarrándola por el brazo.

“¡Giulia!”, se pánico Julie. “¡Giulia está en el granero!”

Una estatua de marfil emergió de la oscuridad y el humo, avanzando con paso firme hacia la propiedad. Sus ojos irradiaban un resplandor carmesí, y su mirada lanzaba ráfagas de relámpagos a cualquiera que tuviera a la vista.

Por un momento, Julie creyó que era Zeus mismo, descendiendo de los cielos. Para aquel hombre, este Genome guardaba un notable parecido con la antigua deidad: una figura alta, musculosa, que superaba los dos metros de altura, con una larga barba y una corona de laurel dorado sobre su cabello peinado con precisión. Parecía estar en la plenitud de su edad, combinando la confianza de la vejez con la fortaleza de un hombre maduro.

Todo su cuerpo parecía ser una estatua de marfil. Su cabello, su carne, incluso sus ojos tenían un tono blanco antinatural. Solo su toga antigua, sandalias y corona de laurel eran de materiales normales.

Quizá su cuerpo había sido transformado en una aleación alienígena; tal vez era un efecto de estasis, que congelaba su cuerpo en el espacio y en el tiempo. Sea cual fuera la causa, mantenía las manos cruzadas detrás de la espalda, como un conquistador que supervisa su nuevo territorio.

Y entonces, lo notó a Julie.

Benny inmediatamente se adelantó, colocando su cuerpo como escudo ante ella mientras levantaba su arma. “¡Detrás de mí, ‘mam!”

El hombre de marfil observó a ambos con una expresión divertida. A Julie le recordó a un buitro mirando un camello moribundo; a un asesino jugando con su víctima antes de rematarla.

“¿Señorita Costa?”, preguntó al notar a Julie. Su voz era profunda y emana autoridad.

“¿Quién demonios es usted?”, gruñó Benny con rabia.

“Júpiter Augusto”, respondió aquel hombre.

“¿Te atreves a llamarte en honor a un dios?”, exclamó Benny, cargando su escopeta y abriendo fuego a quemarropa. Una ráfaga de disparos habrían dividido a un hombre corriente en pedazos.

Pero, en lugar de eso, las balas impactaron en su pecho y se aplastaron al chocar.

“¿No, por supuesto que no.”

El hombre de marfil le propinó una bofetada con la mano izquierda. Sus dedos atravesaron el cuerpo de Benny como una espada de hierro atravesando papel, haciendo que su carne y huesos se volvieran frágiles como tierra al tocarse. La bofetada arrancó su cráneo, enviándolo volando de lado y matándolo en un solo golpe.

“Soy uno con la existencia”.

Julie quedó paralizada, horrorizada ante aquella escena sangrienta.

La bioquímica había acostumbrado su vista a la sangre y la violencia, pero nunca había presenciado una brutalidad tan indiferente. Ese hombre había asesinado a su amiga con la misma calma que uno aplasta una mosca.

Y ahora, aquel psicópata la miraba fijamente.

Manipulación de rayos y una especie de super fuerza: dos poderes en uno solo.

Un Psicópata.

No, no era un Psicópata. A pesar de su arrogancia egocéntrica, Julie no veía ninguna señal de locura en los ojos de aquel hombre cruel. No había ansias de sangre ni deseo de matar a otros Genomes. Solo arrogancia despectiva y una fría indiferencia por la vida humana.

“Arrodíllate”, ordenó.

Pero, poseída por una ira vengativa, Julie se lanzó hacia aquel vil individuo y le propinó un golpe con su mano izquierda en la mejilla. Él no hizo ningún movimiento para detenerla, permitiéndole activar su poder.

Aunque nunca había usado su poder con fines ofensivos, esa vez haría una excepción para aquel monstruo. Haría que su ADN se descompusiera, que sus órganos se destruyeran. Quedaría en cuentas suyas pagar por su crimen.

Nada.

Sin respuesta.

Aquel... aquella cosa ignoró su poder. ni siquiera lo registró como vivo.

“Eso no fue una petición,” dijo el hombre, levantando su mano en un gesto de golpe de karate, dirigido a su hombro izquierdo.

Antes de que Julie pudiera entender qué la golpeó, su mano atravesó su cuerpo como si fuera mantequilla, el golpe le cercenó el brazo y la lanzó de rodillas al suelo. Un dolor más terrible que cualquier otra cosa que hubiera experimentado recorrió sus nervios, mientras una lluvia de sangre escapaba de sus venas. Soltó un grito de agony, su cuerpo se volvió insensible y frío.

“Triste,” dijo la criatura, aunque no había arrepentimiento en su voz. “Si hubieras sabido la etiqueta correcta, tal vez te habría dejado vivir. No disfruto matar a uno de los elegidos. Especialmente a una joven viuda.”

“¿Por qué...?” preguntó Julie, luchando contra el dolor y la conmoción. “¿Querías... tomar las cosechas para ti?”

“¿Las cosechas?” Augustus le echó un vistazo a su jardín, levantando una ceja. “¿Qué hay de ellas?”

¿No lo sabía? Entonces, ¿por qué?

¿por qué?

“Respóndeme,” ordenó el asesino a Julie, sin molestarse en mirarla. En sus ojos, ella ya estaba muerta.

“Ellas...” los pensamientos de Julie de repente se dirigieron a Giulia, que dormía. Si lograba distraer a esa criatura, tal vez... quizás podría escapar. “Pueden sobrevivir en... ambientes tóxicos y

radiactivos... pueden... alimentar a todos... ayudarnos a salvar... salvar a todos... tú tienes...”

“¿Cosechas que puedan alimentar a todos?” Miró su jardín con interés repentino. “Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra.”

Si... si las cosechas pudieran soportar, entonces...

“Te han engañado,” la provocó Augustus con una voz suave, sus ojos brillando con electricidad, “los mansos no heredarán nada.”

Enviaró un rayo rubí sobre el jardín, incendiándolo.

El trigo, el maíz, todas las cosechas mejoradas genéticamente que Julie había cultivado durante años... todo ese trabajo se convirtió en cenizas en un instante.

Tras el horror de ver a su esposo arder vivo, Julie pensó que no volvería a gritar. Pero lo hizo. Aulló de desesperación, mientras la semilla misma de la esperanza se consumía en llamas.

“El futuro me llegó en estos Elixires,” afirmó el hombre de marfil, perdido en sus pensamientos. “Donde los no elegidos no podían soportar el poder, yo solo lo manejé en su máxima expresión. Esa fue la prueba de la alta estima que el Destino tenía por mi familia; que estábamos destinados a gobernar la Tierra y la nueva humanidad, una vez que esta prueba eliminara a los indignos.”

Finalmente, se dignó a mirar a Julie, su corpulencia imponente proyectándola en una sombra aterradora.

“Si quieres saber mi opinión,” dijo Augustus con tono suave y sereno, “este planeta no ha sido lo bastante nuked.”

“¿Por qué?” preguntó Julie, suplicando una respuesta, luchando contra la pérdida de sangre y la desesperación absoluta. “¿Qué... qué hemos... hecho contra ti?”

El hombre de marfil sonrió para sí mismo, encontrando algo divertido en la pregunta. Sin embargo, atendió su súplica. “Hubo una vez un zorro que nunca pudo ser atrapado, entonces un rey envió tras él a un perro destinado a siempre capturar su presa. Júpiter, viendo el paradoja, eliminó a ambos animales del mundo y los convirtió en constelaciones.”

“¿Qué estás—”

“Eso es, el porqué,” respondió Augusto, mirando a su esposo muerto con satisfacción. “Eso fui yo, removiendo una paradoja del mundo. Una fuerza imparable no puede coexistir con un objeto inmóvil.”

Un hombre invulnerable no podía soportar una espada capaz de cortar cualquier cosa.

Este monstruo brutal y cruel había asesinado a su esposo, un hombre amable que nunca dañó a otro ser humano por miedo a convertirse en una amenaza algún día.

—¿Tienes miedo?—Julie lo miró con intensidad.—¿Sientes tanto temor a la muerte?

Los ojos de Augusto brillaron con ira orgullosa, y levantó ambas manos por encima de la cabeza de Julie, cerrándolas en puños. Su rostro dejó de ser uno de falsa serenidad divina, para lucir una expresión infernal, una furia diabólica.

Bajó sus puños como un martillo golpeando el cráneo de Julie, y todo se volvió negro.

Augusto pasó los minutos siguientes recorriendo la granja en busca de supervivientes. La sangre de la mujer Costa goteaba de sus manos, manchando su piel de marfil de rojo.

A quien encontraba, lo aniquilaba con relámpagos. Hombres y mujeres por igual. Aprendió esta lección en sus días entre la Camorra. No dejar a nadie con vida para que persue una vendetta contra su propia sangre.

Ni hombres, ni problemas.

Además, ya había gastado suficientes recursos en cuidar su buena reputación. No era necesario que nadie complicara la historia con rumores perturbadores.

El Genoma no sentía particularmente placer en esto. Solo protegía a su familia de futuras represalias. Augusto podía ser invulnerable, según su conocimiento, pero sus familiares no; aunque todos hubieran tomado un Elixir, podían morir. Como patriarca del clan Augusti, el futuro emperador de Italia consideraba que no había razón para correr riesgos.

Pero tampoco lamentaba aquella masacre. La simple idea de esta comunidad le producía repulsión.

Los genomas existían para gobernar a la humanidad antigua, no para servirla. El apocalipsis era una prueba para toda la raza humana, un gran purificador destinado a eliminar la corrupción, la laxitud y el egoísmo que habían envenenado Europa por tanto tiempo. Alimentar a todos sería mimar a los humanos, impedirles levantarse ante el desafío.

Los genomas habían sido elegidos para gobernar el nuevo mundo, como los dioses guiaron a la humanidad desde el Monte Olimpo en tiempos antiguos. Entre los mundanos, solo aquellos que demostraran su valía mediante habilidades y servicio serían exaltados. Solo los mejores recibirían un Elixir y serían Transformados. El resto viviría para servir y ofrecer tributo.

La vida debía ganarse, no concederse.

Qué lástima que esa mujer no pudiera comprender esa verdad sencilla.

Luego de limpiar la superficie de la vida, Augusto se dirigió a los establos, ignorando las vacas y ovejas. El lugar seguramente apestaba, pero el Genoma no había olfateado nada desde que consumió sus dos Elixires. Tampoco necesitaba respirar, comer ni beber. No sentía sabores ni sensaciones táctiles, hasta el abrazo de su amada esposa ya no le proporcionaba placer alguno.

Ni su cabello ni su barba se habían movido desde aquel día.

Esa era la carga de la invulnerabilidad. Protegía al Genoma incluso de otros Elixires, impidiéndole consumir un tercero. Pero Augusto podía vivir con eso. Los cielos le habían sonreído bastante y aborrecían la avaricia.

En otro tiempo, el pueblo de Italia había construido el imperio más grande y próspero que la tierra conociera, y era el destino de Augusto devolverles a su gloria pasada.

Guiado por su poder, el Genoma encontró una trampilla oculta en la parte trasera, rompiéndola con sus propias manos. Al hacerlo, notó una diminuta mota de sustancia cerebral de la mujer Costa adherida a su piel impermeable. Augusto la limpió con indiferencia, aunque le costaría una limpieza exhaustiva eliminar la sangre.

Bajó por una escalera de madera y entró en un sótano subterráneo debajo del establo. La mayor parte del suelo parecía estar destinada a dormitorios, para alojar a los miembros más vulnerables de la comunidad, alejados de la vista. Una decisión inteligente en estos tiempos difíciles. Augusto ignoró las habitaciones vacías, detenido frente a la única que estaba ocupada.

El lugar donde se refugió la última superviviente.

Lentamente, el capitán abrió la puerta y entró en un pequeño dormitorio infantil. Como no había luz, Augustus activó una bombilla con un destello de relámpago, iluminando la habitación; sus paredes estaban pintadas de azul y una pequeña figura se encogía bajo la cubierta.

"Te veo, niña. Sé que no estás durmiendo."

Augustus podía detectar electricidad en todas sus formas. Aunque no podía manipular corrientes débiles, percibía fácilmente la presencia de seres vivos. La energía que fluía por sus nervios revelaba su ubicación.

La niña, una pequeña no mayor de tres años, asomó la cabeza por debajo de su sábana, temerosa de aquel extraño que se movía dentro de su habitación. Sus ojos eran de un azul oceánico; su cabello, castaño.

Augustus evaluó a la niña, reconociendo en sus rasgos las características de sus víctimas anteriores. Mercury le había avisado que la pareja Costa tenía una hija, aunque no imaginaba que fuera tan pequeña.

"Silencio..." dijo Augustus, sentándose en la cama. "¿Tenían poderes tus padres cuando te concibieron?"

La niña no respondió, demasiado intimidada para emitir un sonido. Pero mientras Augustus examinaba las extrañas corrientes que recorrían su cuerpo, tan distintas a las de un humano normal, la identificó como una Genoma. Una elegida de segunda generación.

"Si existe siquiera una pequeña posibilidad de que hayas heredado el poder de tu padre," dijo Augustus, acariciándole suavemente el cabello, "entonces no puedo permitir que vivas."

La niña empezó a llorar, mientras la mano de Augustus se posaba sobre su boca para callarla. Sería rápido. La mataría con un relámpago, o le partiría el cuello. Una muerte rápida y misericordiosa. Si lograba sobrevivir, seguramente intentaría cumplir con su deber y vengar a sus padres.

Mejor matarla ahora, antes de que se convirtiera en un problema.

Y sin embargo, al mirar en sus ojos azules, el gánster no pudo evitar sentir un leve dej de humillación. Una emoción tan ajena no tenía cabida en él, pero no podía eliminarla.

"Me recuerdas a mi hija," admitió Augustus, mientras lágrimas resbalaban por sus mejillas. "Tiene los mismos ojos que tú."

Augustus no dudaba en matar a un niño, siempre que no fuera el suyo propio. Y cuando aquella niña le miró, sintió como si estuviera a punto de estrangular a su propia sangre. Aunque cubrió sus ojos con la mano, no consiguió aliviar su pesar.

Pensándolo bien... su teniente y buen amigo, Mars, le había mencionado un problema reciente, una cuestión que aquella niña podría resolver con facilidad. Tal vez era una señal del destino.

Los dioses eran crueles, pero también podían mostrar misericordia.

"No te mataré."

Augustus llevó suavemente a la llorona niña por las escaleras, sus manos aún teñidas con la sangre de su madre.

"Algo mejor llegará a mi mente."

Revision #1

Created 27 March 2026 22:41:45 by Robert White Mar

Updated 27 March 2026 22:41:49 by Robert White Mar